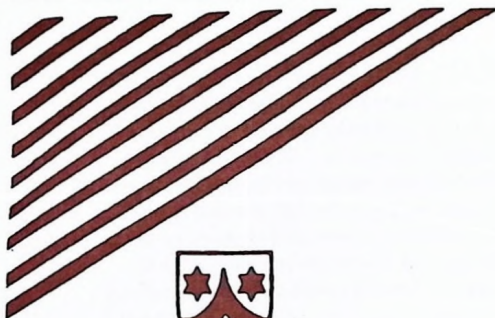




BOLETIN
MENSUAL

Junio 2010

Orden Tercera del Carmen

Una vez más el Carmelo se viste de gala con la beatificación de uno de sus hijos más ilustres.



Beato Ángelo Paoli O.Carm

*Gran dignidad, gran potestad, hacer descender a Dios desde el Cielo, liberar un alma desde
el purgatorio y enviarla al cielo.*

(Del Beato Ángelo Paoli sobre el sacerdocio)

Beato Ángel Paoli O.Carm.

Nació el 1 de septiembre de 1642 en Argigliano, anejo entonces del municipio de Fivizzano, hoy de Casola in Lunigiana (Massa). En el bautismo le pusieron el nombre de Francisco. En 1660 recibió la tonsura y las dos primeras órdenes menores. Después de pasar algunos meses con su familia, tomó el hábito carmelita en Fivizzano y fue enviado a hacer el noviciado a Siena y allí pronunció los votos el 18 de diciembre de 1661. Estudió filosofía y teología en Pisa y Florencia y en esta ciudad celebró su primera Misa el 7 de enero de 1667.



Su vida puede dividirse en dos periodos: en su provincia religiosa de Toscana y en Roma. El primer periodo se caracteriza por frecuentes cambios de residencia: en Argigliano y en Pistoia, en 1675 vuelve a Florencia como Maestro de novicios. Dieciocho meses más tarde se halla de párroco en Corniola y en 1677, diez meses después, es trasladado a Siena y luego a Montecatini en

1680, donde dos años después se le encarga la enseñanza de la gramática a los religiosos jóvenes; pero ese mismo año le trasladan a Pisa y pocos meses más tarde a Fivizzano como organista y sacristán. En 1687 el General de la Orden lo llama a Roma donde, en el convento de S. Martino ai Monti, vivió los treinta y dos años restantes de su vida, primero como Maestro de novicios y luego como ecónomo, sacristán y organista y al mismo tiempo como director del conservatorio para muchachas fundado por Livia Vipereschi.

Durante la primera época de su vida, por doquier había ido dejando a su paso el muy grato recuerdo de un alma sedienta de silencio, de oración, de mortificación, pero sobre todo de un hombre entregado a la caridad espiritual y corporal hacia los enfermos y los pobres, tanto que en Siena le dieron el apelativo de "Padre Caridad". Y siempre hizo honor a este apelativo dondequiera que se hallara, especialmente en Roma donde cuidó de los dos hospitales de S. Juan (el de hombres y el de mujeres) y fundó el hospicio para convalecientes pobres en la avenida entre el Coliseo y la basílica de S. Juan. Su lema fue: "Quien ama a Dios debe buscarlo entre los pobres». Supo también atraer a muchas personas que le imitaron en su atención a los necesitados. Y así se comprobó sobre todo durante las calamidades públicas, tales como los terremotos e inundaciones que se abatieron sobre Roma en los años 1702 y 1703, en una época en la que el fasto de unos pocos contrastaba con la miseria de la mayoría.

Acertó a dar a los ricos muy buenos consejos y ellos le estimaron y le secundaron y emplearon como mediador en sus propias obras de beneficencia. Enseñó a los pobres a ser agradecidos y a encontrar en su humilde condición motivos de perfeccionamiento moral. Fue consejero de príncipes y de otros "grandes" de la Roma de entonces o de los huéspedes ilustres de la ciudad. Cardenales y altos prelados le tenían en gran estima. Rehusó la púrpura que le ofrecieron Inocencio XII y Clemente XI porque - decía - "habría redundado en perjuicio de los pobres a los que no habría podido atender".

Tuvo una confianza plena en la Divina Providencia, a la que solía llamar su "despensa", en la cual nunca falta nada. Esta confianza se vio no pocas veces recompensada con hechos humanamente inexplicables, tales como la multiplicación de cosas sencillas destinadas al alimento de los pobres. Al practicar la caridad, no descuidaba, sin embargo, la justicia: siendo el mismo ejemplo de justa retribución a los obreros, sabía conseguir también que obraran con

justicia quienes a veces se olvidaban de ello. Su unión profunda con Dios la buscaba en la oración solitaria, ya fuese en una cueva como cuando era niño en Argigliano, en los espacios ilimitados del Monte S. Peregrino, en los sótanos del convento de Florencia, o en las catacumbas romanas, en su celda o en el corillo de la iglesia de S. Martino donde la noche se le pasaba en un santiamén, descansando —solía decir— como S. Juan “sobre el pecho de Cristo por medio de la oración”. Destaco por su amor a la Cruz que quiso alzar incluso materialmente allá donde le fue posible: entre Argigliano y Minucciano, en el Monte S. Peregrino, junto a Corniola, y en Roma tres en el Testaccio y tres dentro del Coliseo. El Señor le dio a conocer algunos sucesos lejanos (como la muerte de Luis XIV y la victoria del Príncipe Eugenio de Saboya; en Petrovaradin) o futuros (como su propia muerte y la de otros). Varias personas le atribuyeron señaladas gracias estando él todavía en vida.

Murió el 20 de enero de 1720 y fue sepultado en la iglesia de S. Martino ai Monti donde se encuentra actualmente en la nave izquierda. Tres años después de su muerte se inició el proceso informativo diocesano en Florencia, Pescia y Roma. El apostólico se desarrolló de 1740 a 1753. La heroicidad de sus virtudes fue reconocida por Pío VI en 1781. Actualmente falta un milagro para proceder a su beatificación.

Nació el 1 de septiembre de 1642 en Argigliano, anejo entonces del municipio de Fivizzano, hoy de Casola in Lunigiana (Massa). En el bautismo le pusieron el nombre de Francisco. En 1660 recibió la tonsura y las dos primeras órdenes menores. Después de pasar algunos meses con su familia, tomó el hábito carmelita en Fivizzano y fue enviado a hacer el noviciado a Siena y allí pronunció los votos el 18 de diciembre de 1661. Estudió filosofía y teología en Pisa y Florencia y en esta ciudad celebró su primera Misa el 7 de enero de 1667.

Su vida puede dividirse en dos periodos: en su provincia religiosa de Toscana y en Roma. El primer periodo se caracteriza por frecuentes cambios de residencia: en Argigliano y en Pistoia, en 1675 vuelve a Florencia como Maestro de novicios. Dieciocho meses más tarde se halla de párroco en Corniola y en 1677, diez meses después, es trasladado a Siena y luego a Montecatini en 1680, donde dos años después se le encarga la enseñanza de la gramática a los religiosos jóvenes; pero ese mismo año le trasladan a Pisa y pocos meses más tarde a Fivizzano como organista y sacristán. En 1687 el General de la Orden lo llama a Roma donde, en el convento de S. Martino ai Monti, vivió los treinta y dos años restantes de su vida, primero como Maestro de novicios y luego como ecónomo, sacristán y organista y al mismo tiempo como director del conservatorio para muchachas fundado por Livia Vipereschi.

Durante la primera época de su vida, por doquier había ido dejando a su paso el muy grato recuerdo de un alma sedienta de silencio, de oración, de mortificación, pero sobre todo de un hombre entregado a la caridad espiritual y corporal hacia los enfermos y los pobres, tanto que en Siena le dieron el apelativo de “Padre Caridad”. Y siempre hizo honor a este apelativo dondequiera que se hallara, especialmente en Roma donde cuidó de los dos hospitales de S. Juan (el de hombres y el de mujeres) y fundó el hospicio para convalecientes pobres en la avenida entre el Coliseo y la basílica de S. Juan. Su lema fue: “Quien ama a Dios debe buscarlo entre los pobres». Supo también atraer a muchas personas que le imitaron en su atención a los necesitados. Y así se comprobó sobre todo durante las calamidades públicas, tales como los terremotos e inundaciones que se abatieron sobre Roma en los años 1702 y 1703, en una época en la que el fasto de unos pocos contrastaba con la miseria de la mayoría.

Acertó a dar a los ricos muy buenos consejos y ellos le estimaron y le secundaron y emplearon como mediador en sus propias obras de beneficencia. Enseñó a los pobres a ser

agradecidos y a encontrar en su humilde condición motivos de perfeccionamiento moral. Fue consejero de príncipes y de otros "grandes" de la Roma de entonces o de los huéspedes ilustres de la ciudad. Cardenales y altos prelados le tenían en gran estima. Rehusó la púrpura que le ofrecieron Inocencio XII y Clemente XI porque - decía - "habría redundado en perjuicio de los pobres a los que no habría podido atender".

Tuvo una confianza plena en la Divina Providencia, a la que solía llamar su "despensa", en la cual nunca falta nada. Esta confianza se vio no pocas veces recompensada con hechos humanamente inexplicables, tales como la multiplicación de cosas sencillas destinadas al alimento de los pobres. Al practicar la caridad, no descuidaba, sin embargo, la justicia: siendo el mismo ejemplo de justa retribución a los obreros, sabía conseguir también que obraran con justicia quienes a veces se olvidaban de ello. Su unión profunda con Dios la buscaba en la oración solitaria, ya fuese en una cueva como cuando era niño en Argigliano, en los espacios ilimitados del Monte S. Peregrino, en los sótanos del convento de Florencia, o en las catacumbas romanas, en su celda o en el corillo de la iglesia de S. Martino donde la noche se le pasaba en un santiamén, descansando —solía decir— como S. Juan "sobre el pecho de Cristo por medio de la oración". Destaco por su amor a la Cruz que quiso alzar incluso materialmente allá donde le fue posible: entre Argigliano y Minucciano, en el Monte S. Peregrino, junto a Corniola, y en Roma tres en el Testaccio y tres dentro del Coliseo. El Señor le dio a conocer algunos sucesos lejanos (como la muerte de Luis XIV y la victoria del Príncipe Eugenio de Saboya; en Petrovaradin) o futuros (como su propia muerte y la de otros). Varias personas le atribuyeron señaladas gracias estando él todavía en vida.

Murió el 20 de enero de 1720 y fue sepultado en la iglesia de S. Martino ai Monti donde se encuentra actualmente en la nave izquierda. Tres años después de su muerte se inició el proceso informativo diocesano en Florencia, Pescia y Roma. El apostólico se desarrolló de 1740 a 1753. La heroicidad de sus virtudes fue reconocida por Pío VI en 1781. Actualmente falta un milagro para proceder a su beatificación.

Nació el 1 de septiembre de 1642 en Argigliano, anejo entonces del municipio de Fivizzano, hoy de Casola in Lunigiana (Massa). En el bautismo le pusieron el nombre de Francisco. En 1660 recibió la tonsura y las dos primeras órdenes menores. Después de pasar algunos meses con su familia, tomó el hábito carmelita en Fivizzano y fue enviado a hacer el noviciado a Siena y allí pronunció los votos el 18 de diciembre de 1661. Estudió filosofía y teología en Pisa y Florencia y en esta ciudad celebró su primera Misa el 7 de enero de 1667.

Su vida puede dividirse en dos periodos: en su provincia religiosa de Toscana y en Roma. El primer periodo se caracteriza por frecuentes cambios de residencia: en Argigliano y en Pistoia, en 1675 vuelve a Florencia como Maestro de novicios. Dieciocho meses más tarde se halla de párroco en Corniola y en 1677, diez meses después, es trasladado a Siena y luego a Montecatini en 1680, donde dos años después se le encarga la enseñanza de la gramática a los religiosos jóvenes; pero ese mismo año le trasladan a Pisa y pocos meses más tarde a Fivizzano como organista y sacristán. En 1687 el General de la Orden lo llama a Roma donde, en el convento de S. Martino ai Monti, vivió los treinta y dos años restantes de su vida, primero como Maestro de novicios y luego como ecónomo, sacristán y organista y al mismo tiempo como director del conservatorio para muchachas fundado por Livia Vipereschi.

Durante la primera época de su vida, por doquier había ido dejando a su paso el muy grato recuerdo de un alma sedienta de silencio, de oración, de mortificación, pero sobre todo de un hombre entregado a la caridad espiritual y corporal hacia los enfermos y los pobres, tanto que

en Siena le dieron el apelativo de "Padre Caridad". Y siempre hizo honor a este apelativo dondequiera que se hallara, especialmente en Roma donde cuidó de los dos hospitales de S. Juan (el de hombres y el de mujeres) y fundó el hospicio para convalecientes pobres en la avenida entre el Coliseo y la basílica de S. Juan. Su lema fue: "Quien ama a Dios debe buscarlo entre los pobres». Supo también atraer a muchas personas que le imitaron en su atención a los necesitados. Y así se comprobó sobre todo durante las calamidades públicas, tales como los terremotos e inundaciones que se abatieron sobre Roma en los años 1702 y 1703, en una época en la que el fasto de unos pocos contrastaba con la miseria de la mayoría.

Acertó a dar a los ricos muy buenos consejos y ellos le estimaron y le secundaron y emplearon como mediador en sus propias obras de beneficencia. Enseñó a los pobres a ser agradecidos y a encontrar en su humilde condición motivos de perfeccionamiento moral. Fue consejero de príncipes y de otros "grandes" de la Roma de entonces o de los huéspedes ilustres de la ciudad. Cardenales y altos prelados le tenían en gran estima. Rehusó la púrpura que le ofrecieron Inocencio XII y Clemente XI porque - decía - "habría redundado en perjuicio de los pobres a los que no habría podido atender".

Tuvo una confianza plena en la Divina Providencia, a la que solía llamar su "despensa", en la cual nunca falta nada. Esta confianza se vio no pocas veces recompensada con hechos humanamente inexplicables, tales como la multiplicación de cosas sencillas destinadas al alimento de los pobres. Al practicar la caridad, no descuidaba, sin embargo, la justicia: siendo el mismo ejemplo de justa retribución a los obreros, sabía conseguir también que obraran con justicia quienes a veces se olvidaban de ello. Su unión profunda con Dios la buscaba en la oración solitaria, ya fuese en una cueva como cuando era niño en Argigliano, en los espacios ilimitados del Monte S. Peregrino, en los sótanos del convento de Florencia, o en las catacumbas romanas, en su celda o en el corillo de la iglesia de S. Martino donde la noche se le pasaba en un santiamén, descansando —solía decir— como S. Juan "sobre el pecho de Cristo por medio de la oración". Destaco por su amor a la Cruz que quiso alzar incluso materialmente allá donde le fue posible: entre Argigliano y Minucciano, en el Monte S. Peregrino, junto a Corniola, y en Roma tres en el Testaccio y tres dentro del Coliseo. El Señor le dio a conocer algunos sucesos lejanos (como la muerte de Luis XIV y la victoria del Príncipe Eugenio de Saboya; en Petrovaradin) o futuros (como su propia muerte y la de otros). Varias personas le atribuyeron señaladas gracias estando él todavía en vida.

Murió el 20 de enero de 1720 y fue sepultado en la iglesia de S. Martino ai Monti donde se encuentra actualmente en la nave izquierda. Tres años después de su muerte se inició el proceso informativo diocesano en Florencia, Pescia y Roma. El apostólico se desarrolló de 1740 a 1753. La heroicidad de sus virtudes fue reconocida por Pío VI en 1781. Actualmente el pasado 25 de abril del año en curso fue beatificado en la basílica de San Juan de Letrán.

Frases del Beato Ángelo Paoli



“Cuando otros se van a dormir, yo me levanto y si no hiciese así no podría hacer los pequeños escapularios de Nuestra Señora del Carmen que distribuyo a los benefactores que me dan limosna para mis pobres”

“Para hacer el bien , la caridad, con el fin que sea grata al Señor, se necesita servirse del vestido de jardinero, que antes de plantar el primer fruto, arranca con toda diligencia las malas yerbas, con las cuales las buenas naciendo, nacen salvajes, débiles y de poco fruto.”

“Cuando el Señor nos da la oportunidad de sufrir tenemos que darle las gracias con todo el corazón: “Señor satisfecho, satisfecho ahora”

“Pobre gente, me creen lo que no soy. Si me conocieran orarían por mí, porque me no hay nada bueno en mí, excepto el carácter sacerdotal y el habito de Virgen María”

“La obligación del religioso es observar exactamente su regla y las constituciones de su orden. Usted nunca debe defender su libertad, excepto mediante una orden expresa del prior. ”

“Haz limosnas a donde quieras: en todos los lugares y en las manos de cualquier persona. A Dios le gusta la obra de caridad para ayudar a los pobres. ”

“Quien ama a Dios no tiene mejor reposo que aquel que tuvo San Juan, eso es reposar sobre el pecho de Cristo por medio de la oración.”

OS ENCOMIENDO A MIS POBRES Y A MIS ENFERMOS...

**Carta del Prior General
FERNANDO MILLÁN ROMERAL
a toda la Familia Carmelita
con motivo de la beatificación
del Padre Angelo Paoli**

*19 de marzo de 2010
Solemnidad de san José*

Introducción

El Carmelo, en sus distintas ramas y grupos, se encuentra hoy extendido por los cinco continentes y se halla presente en muy diversas culturas y contextos sociales. Junto a los apostolados más convencionales (parroquias, colegios, casas de espiritualidad), no pocos carmelitas desarrollan una labor encomiable en el campo de la justicia y la paz, en la promoción social, en la asistencia a los más desfavorecidos. Desde hace ya varias décadas existe en la Orden una comisión internacional de “Justicia, paz e integridad de la creación”, y el Carmelo ha tomado conciencia de la dimensión profética de nuestro carisma y de nuestra identidad, que nos lleva a descubrir las huellas de la presencia de Dios en los pobres y en los más desfavorecidos. Dado que esa presencia, a veces, aparece *sub contrario* (en la opresión, en la miseria, en el sufrimiento...), solamente desde una honda mirada contemplativa, iluminada por la fe y llena de caridad, podremos acercarnos a ella con la ternura y la confianza del creyente, con la fe del místico, y con el compromiso transformador del profeta.

Pues bien, esta labor por los más pobres y necesitados de nuestras sociedades modernas, recibirá un impulso y encontrará un estupendo ejemplo en la figura del

Venerable Angelo Paoli, que será beatificado el próximo 25 de abril en San Juan de Letrán, en Roma. Su beatificación supondrá un motivo de gozo y de sano orgullo para toda la familia carmelitana, que ve cómo otro de sus hijos es elevado a la gloria de los altares.

Últimamente hemos tenido la alegría de ver a otros carmelitas beatificados o canonizados: la Madre Curcio y la Madre Scrilli, fundadoras de dos congregaciones carmelitas italianas, un grupo de mártires del siglo XX en España, la Madre Candelaria de San José, fundadora de las carmelitas venezolanas, y Nuño de Santa María. Cada uno de ellos subraya algún matiz del carisma carmelitano y nos ofrece pistas para vivirlo hoy en plenitud. Son un ejemplo y un regalo para el Carmelo de nuestros días.

El testimonio de este carmelita que vivió entre los siglos XVII y XVIII es muy sugerente, incluso provocativo, y tiene, pese a la distancia temporal que nos separa de él, una gran actualidad. Ya hemos indicado en otras ocasiones que estas beatificaciones no son la mera evocación de un pasado glorioso, ni una actividad “arqueológica” (una especie de recuperación de fósiles), sino un signo vivo que nos interpela y nos cuestiona sobre nuestro presente y nos ilumina y orienta para el futuro.

Por ello, invito a toda la Orden del Carmen y a la familia carmelita en general a vivir con gozo esta beatificación solemne, a dar gracias a Dios por este reconocimiento oficial, por parte de la Iglesia, de la santidad de uno de nuestros hermanos, y a profundizar en la biografía y en el testimonio del nuevo Beato. A él encomiendo de forma muy especial a todos los carmelitas (religiosos, religiosas, seculares, grupos, etc.) que viven y trabajan en zonas de pobreza y que contribuyen a aliviar las condiciones de vida de los más abandonados. Que por su intercesión el Señor les bendiga y acompañe en esta tarea tan difícil como necesaria.

1. La disponibilidad de un fraile

El P. Angelo Paoli nació el 1 de septiembre de 1642 en Argigliano, aldea

perteneciente al municipio de Casola in Lunigiana, cercano a Fivizzano. En el bautismo recibió -casi como una premonición- el nombre de Francisco, el *poverello* de Asís. Como él, también Paoli se enamoraría de la *Dama Pobreza*, y a ella serviría con toda el alma. Fue un muchacho piadoso y devoto, y ya desde muy joven mostró su inclinación a la vida religiosa, decidiéndose entre otras posibilidades por el Carmelo, quizás por su fuerte impronta mariana.

La primera parte de la vida religiosa del nuevo Beato transcurrió en varias ciudades de la Toscana en la Italia central. Llama la atención en la vida del joven fraile el hecho de que fuera destinado a muy diversos lugares y desempeñara distintos ministerios dentro de su Provincia: fue, entre otros oficios, maestro de novicios en Florencia, párroco en Corniola, maestro de Gramática en Montecatini, sacristán y organista en Fivizzano, y, finalmente, llamado por el Prior General a Roma, donde fue maestro de novicios, cargo que dejaría en 1698 para dedicarse plenamente a los pobres. Se le ha llamado, no sin motivo, *viandante e girovago dell'ubbedienza* (el viandante y giróvago de la obediencia).

De aquí se deduce el primer rasgo de su personalidad que quisiera destacar: el P. Paoli fue un hombre obediente, abierto a los caminos de Dios y disponible siempre para lo que le pidieran sus superiores. Frente a la organización más estructurada de las congregaciones modernas, frente a la especialización de otras congregaciones en un ámbito concreto (educación, sanidad, misiones), frente a la estabilidad del monje o a la íntima relación con un territorio de los sacerdotes diocesanos, los mendicantes somos acusados frecuentemente de desorganización, de improvisación, de carencia de proyecto a largo plazo, etc., y, en ocasiones, no les falta razón. Pero la mendicancia tiene también su espiritualidad. El mendicante está más abierto al cambio, a la necesidad concreta que le lleva de un lugar a otro. Las órdenes mendicantes, con espíritu itinerante, han conservado esa flexibilidad y capacidad de adaptarse a las necesidades de los tiempos y lugares, con sencillez y con dedicación. Quizás, en este sentido, también el Venerable Paoli nos recuerda hoy algo esencial para nosotros: no podemos encerrarnos y reducirnos a ciertas formas de apostolado, a lugares y situaciones concretas, sino que, los mendicantes, permanecemos abiertos a los aires del Espíritu, el cual nos conduce a nuevas situaciones, a nuevas necesidades, a nuevas

realidades sociales y eclesiales que requieren nuestra presencia.

Además, su ejemplo supone -por qué no decirlo- una llamada de atención a los carmelitas del siglo XXI, para evitar toda instalación, aburguesamiento excesivo o falta de disponibilidad en nuestro servicio a la Orden y a la Iglesia, y un desafío a renovar nuestra consagración religiosa.

Que el ejemplo del nuevo Beato nos ilumine en nuestros proyectos pastorales; que nos ayude a profundizar, como mendicantes, en nuestra vocación y que nos interpele para que la vivamos con disponibilidad, apertura y generosidad.

2. Devoción por la cruz y amor por los crucificados

El misterio de la pasión, muerte y resurrección del Señor es el misterio central de nuestra fe y el eje sobre el que gira toda la historia de la salvación. La cruz es a la vez pregunta y respuesta, oscuridad y luz, símbolo de muerte y de tortura, símbolo de vida para el creyente. El misterio de la cruz se prolonga en nuestra vida de una forma especial e intensa en el misterio de los crucificados: la víctimas del pecado en todas sus formas, las víctimas del mal, de la violencia, de la injusticia...

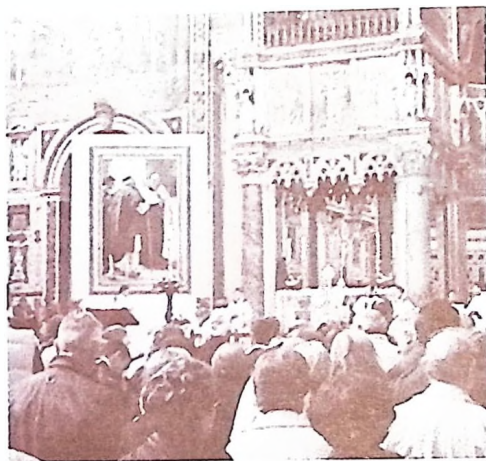
El Carmelo ha tenido a lo largo de los siglos una honda e íntima devoción por la cruz. Baste recordar, entre otros muchos: a San Juan de la Cruz, que recuerda la muerte del *Pastorico*-amante, Cristo, "en un árbol do abrió sus brazos bellos" (P 10); a Santa Teresa de Jesús, que, bautizando atrevidamente a la cruz como "bienvenida" (P 7), nos invitaba a poner los ojos en el crucificado para que todo "se nos haga poco" (7M 4,8); a Juan de San Sansón y a Santa María Magdalena de Pazzi que han descubierto que la cruz es la mejor atalaya para contemplar el cielo; a Francisco de la Cruz, carmelita castellano de s. XVI-XVII, que peregrina a Jerusalén, cargado con una pesada cruz de madera; a Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz que arde en deseos de ir a tierra de misión y plantar allí la "cruz gloriosa" (Ms B, IX, 3rº); a Edith Stein, que se sumerge en la profundidad insondable de la *Ciencia de la cruz*; o, al Beato Tito Brandsma, predicando sobre un cajón mugriento, un viernes santo de 1942, en el campo de concentración de Amersfoort, y, escribiendo, poco antes, en la cárcel de Scheveningen, su célebre poema *Ante un cuadro de Jesús en mi celda*,

donde confiesa: "la Cruz es mi alegría no mi pena". A esta lista habría que añadir, sin duda, la figura del pobre fraile Angelo Paoli, enamorado también de la cruz de Cristo.

El Beato Angelo Paoli vivió hondamente esa devoción y la difundió pastoralmente a lo largo de toda su vida. Ya con los pastores de las montañas cercanas a su pueblo, cuando siendo un joven fraile estuvo allí varios meses convaleciente, difundió esa devoción, invitándoles a poner cruces en los altos de las montañas y predicándoles con gran afecto. Más adelante, cuando fue párroco de Corniola, también propagó esta devoción y es muy célebre el hecho de que, ya en Roma, levantara varias cruces en lugares muy emblemáticos de la ciudad, como el Monte Testaccio o el Coliseo. Aprovechando la cercanía a nuestro convento de San Martino ai Monti, el P. Angelo solía visitar la Iglesia de *Santa Croce in Gerusalemme* y, al volver de la misma, se detenía para atender a los enfermos del hospital de *San Giovanni in Laterano*, llevándoles comida, atendiéndoles en sus necesidades más básicas, y, asiduamente, animándoles, distrayéndoles incluso con teatros improvisados o con música. El P. Angelo murió besando devotamente un crucifijo. La iconografía ha insistido con frecuencia en este elemento.

El Carmelo de nuestros días encuentra en este testimonio del nuevo Beato una hermosa fuente de inspiración y, más aún, una provocativa invitación. Nuestra vocación contemplativa nos guía más adentro en la espesura de las noches oscuras más dolorosas y sangrantes de nuestro tiempo, y allí vislumbramos la presencia misteriosa del Señor de la vida. No sólo eso, el nuevo Beato supo a lo largo de su vida "descubrir" nuevas formas de pobreza: pobreza escondidas o pobreza ignoradas ante las cuales la sociedad de su época mostraba poca o nula sensibilidad. El P. Angelo tuvo la sensibilidad suficiente para percibir el sufrimiento de las jóvenes que, por no tener dinero, se veían abocadas a una soltería casi sinónimo de miseria en aquel tiempo; el sufrimiento de los que abandonaban los hospitales, unas veces, convalecientes, otras, recuperados físicamente, pero, en cualquier modo, abocados a la mendicidad; el sufrimiento de las familias arruinadas como consecuencia de las inundaciones del Tíber; el sufrimiento de los que eran curados en su enfermedad, pero padecían la soledad, la tristeza y el abandono. De su atención a todos estos grupos nos constan ejemplos maravillosos en la biografía de nuestro carmelita.

continúa.



“Su apostolado sacaba la fuerza de la Eucaristía y de la devoción a la Virgen del Carmen, así como de una intensa vida de penitencia. En el Año Sacerdotal, quiero proponer su ejemplo a todos los sacerdotes, de manera particular a cuantos pertenecen a Institutos religiosos de vida activa.”

S.S. Benedicto XVI en Regina Caeli el domingo de la Beatificación.

***Venerable Orden Tercera de los Hermanos
de la Bienaventurada Virgen María
del Monte Carmelo
— Consejo Nacional —***

**Santa Teresita
Calle Loíza 2059
Santurce, Puerto Rico 0911**